

GEORGE ORWELL

DE HOMBRES
Y BESTIAS

Planeta  Sostenible

DE HOMBRES Y BESTIAS

GEORGE ORWELL

Prólogo, selección de textos y traducción de

Bartolomé Leal

Ilustraciones

Javier Molina

Planeta  Sostenible

DE HOMBRES Y BESTIAS

George Orwell

Prólogo, selección de textos y traducción de Bartolomé Leal

Ilustraciones de Javier Molina

1.ª edición digital, septiembre de 2016

© 2016 Planeta Sostenible Ediciones EIRL

Diseño y producción gráfica: S Comunicación Visual

Revisión final de textos: Susana Flores Herrera

Edición al cuidado de: Juan Francisco Bascuñán

Registro de Propiedad Intelectual: A-267820

ISBN: 978-956-8937-508

www.planetasostenible.cl

ÍNDICE

Prólogo	5
<hr/>	
¿Por qué escribo?	11
<hr/>	
Un ahorcamiento	21
<hr/>	
Muerte de un elefante	31
<hr/>	
Cómo mueren los pobres	43
<hr/>	
Algunas reflexiones acerca del sapo común	61

PRÓLOGO

George Orwell nació en 1903 en Motihari (Bengala), India. Se educó en Eton, uno de los mejores colegios ingleses. Allí fue condiscípulo de destacados intelectuales británicos como Evelyn Waugh y Cyril Connolly, así como alumno de Aldous Huxley. Una anécdota revelada por un amigo de Orwell cuenta que el futuro escritor habría usado unos sortilegios vudú, en un muñeco de cera, para liberarse del acoso de un condiscípulo abusador, el cual luego se quebraría una pierna y contraería una leucemia que lo llevó a la muerte.

Es universalmente conocido como autor de dos novelas fundamentales del siglo XX, *Rebelión en la granja* (1945) y *1984* (1949), crudas antiutopías que predicen un futuro de injusticia social, totalitarismo político y dominio de las mentes, a través de los medios de comunicación.

Fue destinado en su juventud a la Policía Imperial de Birmania (actual Myanmar), donde sirvió de 1922 a 1928, experiencia reflejada en dos dramáticos relatos que presentamos: “Un ahorcamiento” y

“Muerte de un elefante”. Posteriormente se involucró en la guerra civil española del lado republicano.

Vivió en París y luego en Londres, donde trabajó como profesor, librero, locutor en la BBC y periodista para varios periódicos. Murió en 1950, tras graves problemas pulmonares gatillados por el esmog de Londres.

Ante todo ensayista político, Orwell escribió también notables textos de crítica literaria, ocupándose seriamente del género policial y de autores como Charles Dickens, Rudyard Kipling, Henry Miller y Mark Twain.

Aunque conocido sobre todo por sus novelas, Orwell fue un ensayista tenaz, produciendo sobre un centenar de textos de particular profundidad. Son reflexiones acerca de la vida, sus ideas y los sucesos contemporáneos, que muchas veces adquieren un estilo narrativo que los hace, prácticamente, relatos. El suyo es un estilo que ha sido considerado entre los mejores de toda la prosa británica. Parecerían textos de ficción si no fuera porque el autor indica abiertamente su deseo de expresar la verdad, tal como se plantea en el ensayo que abre este libro, “¿Por qué escribo?” (1946).

Pocas veces la problemática de las motivaciones de un escritor ha sido puesta de manera tan clara y transparente como en ese texto. Orwell lo expresa en cuatro grandes bloques o caminos posibles, para luego plantear lo que ha sido su opción personal como autor, criticando su propia literatura, sobre todo la temprana. Cuenta también su evolución como escritor, hasta llegar a las obras que para él son las más logradas, como aquellas novelas señeras. Tal vez este texto nos ayudará a entender mejor los planteamientos de *Rebelión en la granja* y *1984*.

“Un ahorcamiento” (1931), firmado como Eric Blair, su nombre de nacimiento, es el resultado de la experiencia de Orwell como miembro de la Policía Imperial de Birmania. Se relata la ejecución de un criminal perteneciente a la población local. Es un hombre pobre, sin nombre ni profesión, ni siquiera su delito es explicitado; la ejecución aparece como un acto rutinario para las autoridades. Orwell no puede sino dar, en unas pocas pinceladas, la profunda humanidad de ese hombre anónimo. En un texto posterior incluido en sus *Ensayos*, el autor ratificó que durante su servicio no solo había sido testigo de una ejecución, sino que era una práctica común llevar allí a los jóvenes reclutas británicos como una forma de iniciación.

En “Muerte de un elefante” (1936), Orwell no vacila en mostrar las dudas que lo movían en su juventud mientras era miembro de la policía. Critica las prácticas deshumanizadas del gobierno imperial británico, al tiempo que desarrolla, con la brutal muerte de un elefante enloquecido por el instinto sexual, una metáfora de la amoralidad de ciertos procesos políticos. No es solo piedad lo que Orwell siente por el animal, sino que con ello muestra en forma sarcástica la degradación a que lleva la imposición de modos culturales en los pueblos sometidos. Valga anotar también que el autor no muestra a los nativos que dan muerte al elefante como seres idealizados, sino que manifiesta en ciertos pasajes lo mucho que le repugnan sus costumbres, signadas por la miseria y la superstición.

“Cómo mueren los pobres” (1946) relata su propia y durísima internación en un hospital francés. Con fuerte dramatismo y un toque sardónico, aborda la manera inhumana en que a menudo son tratados los enfermos en los hospitales públicos, todo ello a partir de su propia experiencia, como lo cuenta en el texto. Vale señalar

también algunas reflexiones de Orwell sobre el miedo a la muerte, ese proceso implacable que condiciona nuestras vidas y que se manifiesta con fuerza durante las enfermedades graves.

“Algunas reflexiones acerca del sapo común” (1946), finalmente, es un elogio a la primavera y los pequeños placeres que trae su aparición. Se trata de un texto dedicado sobre todo a los más jóvenes, que los estimula para que no se priven de tal milagro en despecho de asuntos que pudieran considerarse más serios y, por cierto, más onerosos. Cabe señalar que Orwell recibió algunas críticas de sus lectores por este texto, ya que lo apreciaban sobre todo por sus artículos políticos.

La elección de estos ensayos de Orwell no ha sido arbitraria. Corresponden de alguna manera a una evolución existencial en el autor, mostrando sus sueños de realizarse como hombre, desde niño, en la literatura y también en la búsqueda de la verdad. Pero la vida lo lleva a cumplir funciones o tareas que no siempre son congruentes con el idealismo. Es un aprendizaje áspero. A menudo tiene que hacer cosas abominables cómo sacrificar a un pobre animal o ver impotente cómo un ser desvalido es privado de la vida. También sufre lo suyo en ese hospital, donde la muerte ronda implacable. Para finalmente redescubrir la potencia infinita de la naturaleza en la figura del animalito más modesto, un sapo. Hombres y bestias se confunden porque, vaya descubrimiento, comparten un destino común.

Les invitamos pues, sin más preámbulos, a disfrutar de estos escritos de un autor tan fundamental como George Orwell, un humanista convencido, por encima de sus ideas políticas contingentes; un campeón de una convivencia social más tolerante y despierta, que no dudó en denunciar los abusos del Gobierno

Imperial Británico y de los regímenes totalitarios; y un autor de una obra donde el espíritu crítico juega un rol preponderante para huir de las rutinas y los prejuicios.

Bartolomé Leal

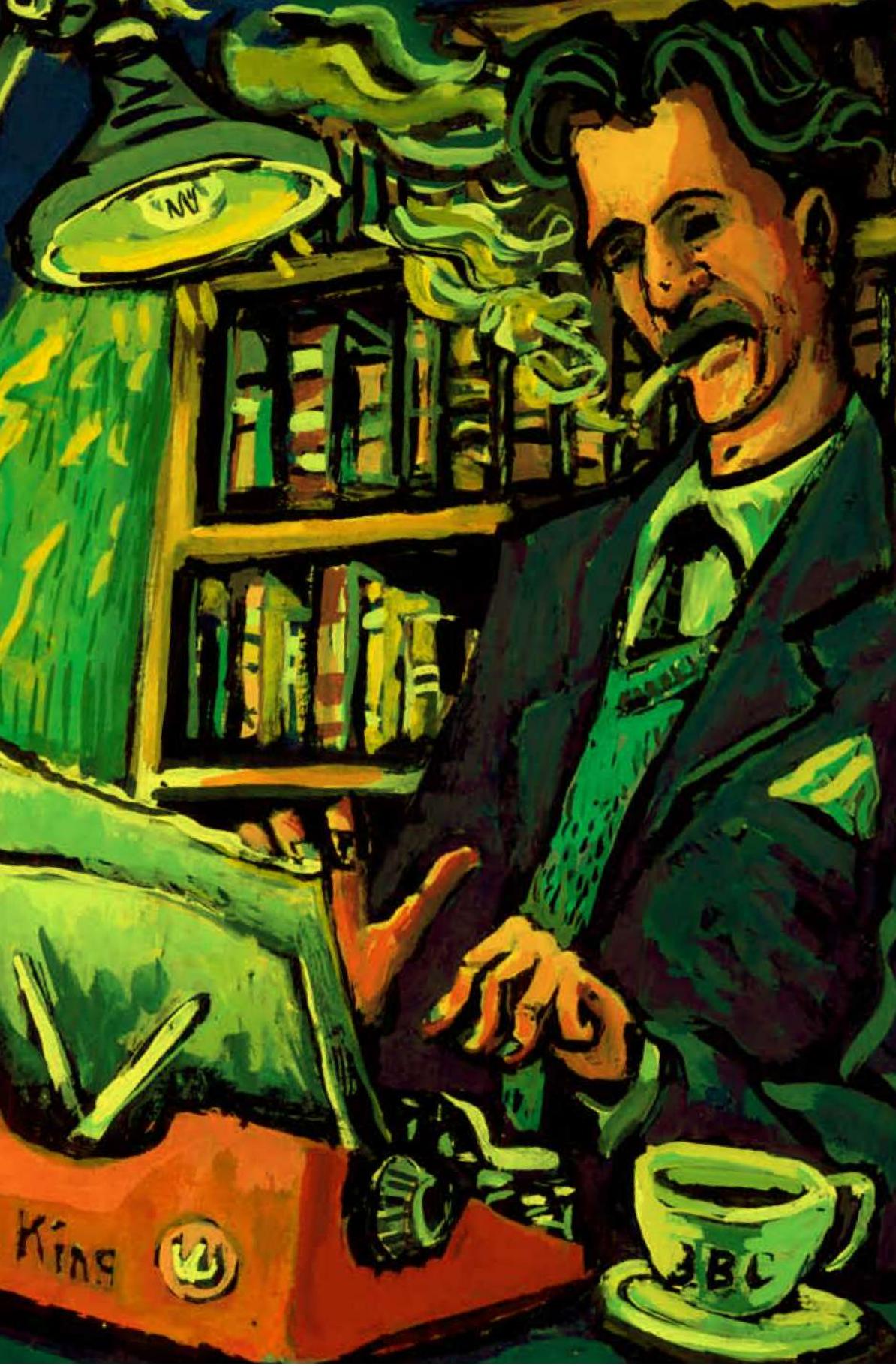
Fuentes:

Los textos seleccionados para esta edición fueron tomados de:

- Proyecto Gutenberg Australia. *Fifty Orwell Essays*, eBook No. 0300011h.html, updated January 2010.
- George Orwell. (1965). *Decline of the English Murder and other Essays*. England: Penguin Books.

Se consultó una edición integral en español:

- George Orwell. (2014). *Ensayos*. Barcelona: Debate, segunda edición 2014 (diversos traductores).



¿POR QUÉ ESCRIBO?



Desde una edad muy temprana, tal vez los cinco o seis años, supe que cuando creciera sería escritor. Entre las edades de diecisiete a veinticuatro años, más o menos, traté de abandonar esa idea, pero lo hice con la conciencia de que estaba violentando mi verdadera naturaleza y de que tarde o temprano tendría que dedicarme a escribir libros.

Yo era el del medio entre tres hermanos, pero había un intervalo de cinco años por cada lado. Apenas vi a mi padre antes de cumplir ocho. Por esta y otras razones fui más bien solitario y pronto desarrollé desagradables manías que me hicieron impopular durante mis días escolares. Adquirí el hábito de los niños solitarios de inventar historias y de mantener conversaciones con personas imaginarias. Creo que desde el mero inicio mis ambiciones literarias estuvieron mezcladas con el sentimiento de estar aislado y ser subvalorado por el resto. Sabía que tenía facilidad con las palabras y capacidad para enfrentar hechos desagradables, y sentía que eso

creaba una especie de mundo privado, en el cual podía conseguir mi propio respaldo para mi fracaso en la vida diaria. Sin embargo, el volumen de escritura sería –léase pretendidamente sería– que produje a través de mi niñez y adolescencia, no sumó más de media docena de páginas.

Escribí mi primer poema a la edad de cuatro o cinco años, con mi madre tomando el dictado. No recuerdo nada acerca de él excepto que era sobre un tigre y que el tigre tenía “dientes como sillas”, una frase bastante buena, aunque me temo que el poema era un plagio del “Tigre, Tigre” de William Blake. A los once años, cuando estalló la guerra de 1914-18, escribí un poema patriótico que fue impreso en un periódico local, tal como otro, dos años después, a la muerte del mariscal Kitchener. De tiempo en tiempo, cuando era un poco mayor, escribí algunos malos y por lo general inconclusos “poemas a la naturaleza”, en estilo georgiano¹. También intenté el relato corto, lo que fue otro fracaso espantoso. Esa fue la totalidad de la obra supuestamente sería que realmente puse en papel durante todos aquellos años.

Sin embargo, a lo largo de esa época, en algún sentido me comprometí con actividades literarias. Para empezar, estaba el material por encargo, que producía rápido, con facilidad y sin mucho placer para mí. Aparte del trabajo escolar, escribí versos sueltos, poemas semicómicos, los cuales me resultaban a lo que ahora me parece una sorprendente velocidad –a los catorce años escribí en cerca de una semana una pieza entera en versos con rima, una imitación de Aristófanes– y ayudé a editar revistas de

colegio, tanto impresas como manuscritas. Esas revistas tenían el material burlesco más lamentable que se pueda imaginar, y tuve mucho menos problemas con ellas de los que tendría ahora con el periodismo barato. Pero en paralelo con todo esto, por quince años o más, estuve llevando a cabo un ejercicio literario de un cariz bastante diferente: esto era componer un “relato” continuo acerca de mí mismo, una especie de diario existente solo en mi mente. Creo que es un hábito común entre los niños y los adolescentes. Siendo un niño pequeño acostumbraba creer que era, digamos, Robin Hood, y me pintaba a mí mismo como el héroe de aventuras escalofriantes; pero muy pronto mi “relato” cesó de ser narcisista de manera grosera y se transformó cada vez más en una mera descripción de lo que estaba haciendo y de las cosas que veía.

A menudo, por varios minutos, este tipo de trama rondaba por mi cabeza: “Empujó la puerta abierta e ingresó en la pieza. Un amarillo haz de luz solar, filtrándose a través de las cortinas de muselina, caía oblicuamente sobre la mesa, donde una caja de fósforos, semiabierta, yacía junto al tintero. Con su mano derecha en el bolsillo se desplazó hacia la ventana. Abajo en la calle un gato pardo perseguía una hoja seca”, etc. etc.² Esta costumbre continuó hasta que tuve más o menos veinticinco años, justo a través de mis años no literarios. Aun cuando tenía que investigar, y lo hice, buscando las palabras correctas, parece que estuve haciendo este esfuerzo descriptivo casi contra mi deseo, bajo una suerte de compulsión venida de afuera. El “relato”, supongo, debe haber reflejado los estilos de varios escritores que admiré en diferentes edades; pero hasta donde recuerdo siempre tuve la misma meticulosa calidad descriptiva.

1. Orwell se refiere al período del reinado de los Hannover (1714-1830), con cuatro monarcas de nombre Jorge y que significó un florecimiento de las artes, incluida la obra de poetas románticos como Lord Byron y William Blake, grandes cantores de la naturaleza. (Nota del traductor).

2. Esta expresión viene del original. (Nota del editor).